

---

Purvis, G. L. (junio, 2026). "Las bibliotecas infantiles y escolares en los manuales de bibliotecología entre las décadas de 1920 y 1940". En *Catalejos. Revista sobre lectura, formación de lectores y literatura para niños*, 22 (11), pp. 48 – 71.

---

**Título:** Las bibliotecas infantiles y escolares en los manuales de bibliotecología entre las décadas de 1920 y 1940

**Resumen:** Este artículo presenta las ideas expuestas en manuales de bibliotecología y otros estudios monográficos sobre las bibliotecas infantiles y escolares entre las décadas de 1920 y 1940. Se analizan, en particular, dos obras cardinales de Manuel Selva, considerado precursor de la bibliotecología moderna en el país: *Manual de bibliotecnia* (1939) y *Tratado de bibliotecnia* (1944), junto a otros estudios monográficos de autores que anteceden a su producción, como los de Pablo A. Pizzurno (1910, 1920), Ernesto Nelson (1927), Alfredo Cónsole (1928) Ángel M. Giménez (1932), Manuel Barroso (1938) y Ángela Rojas de Álvarez (1943). En primer lugar, se atiende a la descripción hecha en relación con la misión social de dichas instituciones, el perfil con que debía contar el profesional bibliotecario, así como las condiciones del ambiente considerado adecuado para la lectura. Luego, se detalla el corpus de obras recomendado para las distintas edades infantiles y la implementación de estrategias para fomentar el hábito lector, entre ellas, la implantación de "La hora del cuento". En suma, el trabajo sistematiza las ideas que los primeros autores del campo bibliotecológico argentino que escribieron con regularidad sobre las bibliotecas en su conjunto, desarrollaron sobre las bibliotecas destinadas a la niñez.

**Palabras clave:** bibliotecas infantiles, bibliotecas escolares, profesional bibliotecario, lectura, hora del cuento.

**Title:** *Children's and school libraries in library science manuals between the 1920s and 1940s*

**Abstract:** *This article presents the ideas expressed in library science manuals and other monographic studies on children's and school libraries between the 1920s and 1940s. In particular, two cardinal works by Manuel Selva, considered a precursor of modern library science in the country (Planas, 2024a), are analyzed: Manual de bibliotecnia (1939) and Tratado de bibliotecnia (1944), along with other monographic studies by authors who preceded his production, such as those of Pablo A. Pizzurno (1910, 1920), Ernesto Nelson (1927), Alfredo Cónsole (1928), Ángel M. Giménez (1932), Manuel Barroso (1938) and Ángela Rojas de Álvarez (1943). First, the text addresses the description of the social mission of these institutions, the required profile of a professional librarian, and the necessary conditions for a suitable reading environment. Then, it details the recommended collection of works for different age groups and the implementation of strategies to foster a love of reading, including the establishment of "Story Time." In short, the work systematizes the ideas that the first authors in the field of Argentine library science, who wrote regularly about libraries as a whole, developed regarding libraries specifically for children.*

**Keywords:** *children's libraries, school libraries, professional librarian, reading, story time.*

## Las bibliotecas infantiles y escolares en los manuales de bibliotecología entre las décadas de 1920 y 1940

Gabriela Laura Purvis <sup>1</sup>

### Introducción

El presente artículo constituye una primera aproximación a un tema poco explorado en la bibliografía bibliotecológica argentina, como es el de la historia de las bibliotecas escolares e infantiles, que se inscribe, a su vez, en el ámbito de la historia de la lectura y las bibliotecas para las infancias. Se trata de una investigación en su etapa inicial, que tiene como propósito indagar en las ideas que las primeras personalidades del campo bibliotecario argentino desplegaron sobre este tipo de bibliotecas; las que, aunque no siempre desde una mirada especializada, escribieron con regularidad sobre las bibliotecas en su conjunto. Se parte de las ideas de Manuel Selva, considerado precursor de la bibliotecología moderna en el país (Planas, 2024a) y, en particular, se analizan dos de sus obras fundamentales, el *Manual de bibliotecnia* (1939) y el *Tratado de bibliotecnia* (1944), además de un conjunto de estudios monográficos que anteceden su producción, como los de Pablo A. Pizzurno (1910, 1920),<sup>2</sup> Ernesto Nelson (1927),<sup>3</sup> Alfredo Cónsole (1928),<sup>4</sup> Ángel M. Giménez (1932),<sup>5</sup> Manuel Barroso (1938)<sup>6</sup> y Ángela Rojas de Álvarez (1943).<sup>7</sup> El recorte del

<sup>1</sup> Lic. en Bibliotecología y Cs. De la Información (FaHCE- UNLP). Profesora en Historia (FaHCE-UNLP). Especialista en Ciencias Sociales con mención en Lectura, Escritura y Educación (Flacso). Docente de la carrera de Bibliotecología y Cs. de la información (FaHCE -UNLP) Jefa de trabajos prácticos de la cátedra “Metodología del Trabajo Intelectual” e investigadora en la misma casa de estudios. Sus temas de investigación abordan problemáticas vinculadas a las bibliotecas infantiles, escolares, literatura infantil y mercado editorial. Correo electrónico: gabipurvis@gmail.com gpurvis@fahce.unlp.edu.ar

<sup>2</sup>Pizzurno tuvo una destacada trayectoria en el sistema educativo argentino. Como funcionario, ocupó varios cargos: fue director de escuelas públicas y privadas, inspector general de enseñanza media, profesor de escuelas normales, rector de la Escuela Normal de Profesores N° 2, vocal del Consejo Nacional de Educación y formó parte de la Comisión Protectora de Bibliotecas Populares, entre otros. Fue también autor de una serie de libros de lectura para la escuela primaria y tradujo libros de texto extranjeros (Pineau, 2013).

<sup>3</sup> Profesor e inspector general de enseñanza secundaria, normal y especial e inspector jefe de sección del Ministerio de Justicia e Instrucción Pública de la Nación entre 1936 y 1939.

<sup>4</sup> Escritor y bibliotecario argentino.

<sup>5</sup> Médico y dirigente del partido socialista.

<sup>6</sup> Inspector de escuelas de la provincia de Buenos Aires en 1938.

<sup>7</sup> Directora de la biblioteca “Antonio Devoto” del Consejo Nacional de Educación.

corpus documental se fundamenta en la periodización elaborada por Alejandro Parada (2009), según la cual este último grupo, de procedencia diversa y de formación mayormente autodidacta, se ubicaría dentro del llamado periodo preprofesional (aproximadamente, desde fines del siglo XIX hasta 1930) que se caracterizó por un aumento en los estudios sobre la organización de las bibliotecas, así como por el desarrollo de actividades que, con cierto rigor técnico, instrumentaron estudios bibliográficos y bibliotecológicos.<sup>8</sup> Esta etapa es la que sentaría las bases para lo que vendría después: el inicio de la enseñanza profesional de la disciplina a instancias del *Curso de biblioteconomía* (1937-1942)<sup>9</sup> dictado por Manuel Selva, mediante el cual se formaron los primeros bibliotecarios; de acuerdo con Parada (2009, p. 65) esta etapa corresponde al período profesional.<sup>10</sup>

Cabe destacar que Selva, de formación autodidacta y habiendo recogido su experiencia bibliotecológica en las variadas funciones que desempeñó en la Biblioteca Nacional junto con Paul Groussac (Planas, 2024), adquirió una formación metodológica que lo llevó a canalizar sus saberes, tanto prácticos como teóricos, en la tríada pedagógica que conformaron las obras ya mencionadas (el manual y el tratado) y el curso de biblioteconía impartido para la Escuela de Servicio Social en 1937, tríada que buscó operar en el sentido histórico del campo bibliotecario en nuestro país (Planas, 2024).

Las obras referidas constituyen una puerta de entrada a una primera caracterización de corte histórico de las bibliotecas infantiles y escolares en la primera mitad del siglo XX como instituciones destinadas a la niñez, tanto escolarizada como no escolarizada. Para el estudio del tema presentado se propone el análisis de las siguientes variables: la misión social de estas bibliotecas, el perfil

---

<sup>8</sup> Otras particularidades del período mencionadas por Parada (2009) son: el positivismo filosófico, el empirismo profesional y, en particular, la prevalencia de la imagen del bibliotecario como una persona culta y erudita.

<sup>9</sup> El *Curso* fue el primer programa regular y técnico de la profesión en Argentina (Parada, 2009).

<sup>10</sup> En un trabajo más reciente, Javier Planas (2019b) presenta, desde un enfoque novedoso, una periodización en la que asocia los procesos de formación y desarrollo del campo bibliotecario argentino con los modos de producción y circulación del conocimiento que le fueron propias en cada momento, distinguiendo así tres etapas: emergencia (1870-1910), prolongación y expansión (1910-1960) y especialización (1960-1999). Si bien en este trabajo se retoma la propuesta de Alejandro Parada (2009), ya que permite distinguir las contribuciones de Manuel Selva del aporte del resto de las obras citadas, anteriores en el tiempo, cabe mencionar que, desde la mirada de Planas, el corpus bibliográfico analizado se correspondería con el periodo de prolongación y expansión del campo bibliotecario.

del profesional bibliotecario, las condiciones que debía reunir el ambiente apropiado para la lectura, la selección de los textos adecuados para los niños, así como la implementación de una de las estrategias para fomentar el hábito lector: “La hora del cuento”.

En cuanto al aspecto metodológico, el conjunto de obras mencionado fue objeto de un pormenorizado análisis documental: se seleccionaron fragmentos que respondieran a las variables definidas, para luego, en una lectura crítica, establecer un diálogo entre los distintos autores, con el propósito de advertir continuidades o contrastes en relación con las ideas expuestas. En el marco de un campo bibliotecario en movimiento, se constata que las consideraciones de Manuel Selva, materializadas en sus dos obras capitales, catalizaron las ideas vigentes en el período previo y cimentaron el proceso de profesionalización de fines de los años treinta.

### **Hacia un estado de la cuestión**

En lo que sigue se consideran las indagaciones de corte histórico que abordaron el estudio de esas instituciones destinadas a la niñez. A fin de organizar la exposición se agruparon, por un lado, aquellos trabajos que abordan las bibliotecas o secciones infantiles y, por otro lado, los que refieren a las bibliotecas escolares.

Para el primer caso, dentro del conjunto de investigaciones disponibles se hallan trabajos enfocados en las bibliotecas populares que, entre otros tópicos, analizan la creación de secciones infantiles y la agencia preponderante de las bibliotecas barriales en la asistencia de un público lector infantil en crecimiento. En este sentido, los estudios de Nicolás Tripaldi (2002), Ayelén Fiebelkorn (2019, 2024a, 2024b), Marcela Coria (2025, 2026) y María de las Nieves Agesta (2018, 2020) suponen aportes imprescindibles para caracterizar las bibliotecas infantiles y escolares como espacios concebidos exclusivamente para los pequeños lectores.

El bibliotecólogo e historiador Nicolás Tripaldi (2002) analiza el aporte de las mujeres socialistas como precursoras de la biblioteca infantil moderna en Argentina a comienzos del siglo XX, centrándose en la labor bibliotecaria de la Asociación de Bibliotecas y Recreos Infantiles, fundada en 1913. Señala que, con el propósito de “cobijar y proteger a los niños callejeros de los suburbios porteños” (p.

86), los socialistas fundaron núcleos de lectura y recreación para los niños de las familias obreras que deambulaban por las calles en su tiempo libre, describiendo las actividades desplegadas por la Asociación, que iban desde el fomento de diversas prácticas lectoras (lectura silenciosa, grupal, en sala, a domicilio, lectura con debate) hasta actividades lúdicas y manualidades (pintura, teatro, excursiones, música, periodismo) (Tripaldi, 2002).

Por su parte, en un exhaustivo estudio sobre el proceso de expansión de las bibliotecas populares en la capital de la provincia de Buenos Aires entre 1882 y 1950, la historiadora Ayelén Fiebelkorn (2024a) reconstruye el devenir histórico de estas instituciones al entrelazar procesos con el origen de las sociedades de fomento y la expansión urbana, la cultura de izquierda, el reformismo universitario y la deriva asociacionista de los clubes deportivos, así como con el rol del Estado nacional y provincial. La investigación da cuenta de la creación de secciones infantiles en las bibliotecas populares de la ciudad de La Plata en los tempranos años veinte, como respuesta al referido fenómeno del crecimiento de un público lector diversificado y ávido de lecturas. Asimismo, en otro trabajo Fiebelkorn (2019) analiza las prácticas y representaciones sobre la niñez escolar construidas desde los boletines que circularon por las bibliotecas barriales —en particular, los de la Biblioteca Cultural Euforión y la biblioteca perteneciente al Club Sportivo Villa Rivera—, señalando que, aunque no siempre incluyeron en sus actas fundacionales una alusión explícita a la niñez, fue este el segmento de la población que se recortó como uno de los sujetos privilegiados por las iniciativas de dichas instituciones (p. 166). Las bibliotecas mencionadas (1930-1937) fueron concebidas como complemento de la acción de las escuelas del barrio, tanto en lo relativo a la provisión de bienes materiales (útiles, libros, textos escolares) como simbólicos (premios, concursos, reconocimientos y actividades). Por último, en el marco del análisis del papel cumplido por la Sociedad Protectora de la Infancia de la ciudad de La Plata, en tanto ámbito de sociabilidad femenino, la autora estudia la creación por parte de sus socias de la biblioteca anexa El Estudiante, caracterizando las prácticas llevadas a cabo para proveer de alimento, vestimenta y libros a estudiantes pobres, al tiempo que detalla los servicios prestados por la sala, destinada a complementar la acción educativa de instituciones cercanas, en particular, al alumnado del Colegio

Nacional, la Escuela Normal, el Liceo de Señoritas, entre otras escuelas comunes (Fiebelkorn, 2024b).

En su trabajo “Libros en juego: bibliotecas populares y público infantil en el sudoeste bonaerense (Argentina, 1880-1930)”, María de las Nieves Agesta (2020) analiza el caso de dos bibliotecas populares del sudoeste de la provincia de Buenos Aires —la Bernardino Rivadavia de Bahía Blanca fundada en 1882 y la Domingo F. Sarmiento de Tres Arroyos inaugurada en 1899— y la creación de sus secciones infantiles en 1925 y 1928, respectivamente. En articulación con el fenómeno de expansión de la educación pública y de la formación de un público infantil, la autora constata el rol activo de estas instituciones en la configuración de este lectorado, “tanto mediante la regulación de los comportamientos y de los espacios de lectura como de la experiencia y los gustos de los usuarios” (p. 415), mostrando cómo la inauguración de estas áreas supuso la incorporación de nuevas obras con la consecuente reorganización de los catálogos, la reestructuración del patrimonio existente y de la infraestructura del lugar.

En la misma línea, Marcela Coria (2023) dedica en su tesis doctoral un capítulo al estudio de las distintas comunidades lectoras de las bibliotecas populares (niños, mujeres y obreros) confirmando, para la década del treinta del siglo XX, la creación de secciones orientadas a las niñas y los niños, con un antecedente ineludible en la ya referida Asociación Bibliotecas y Recreos Infantiles, impulsada por centros socialistas. En dicho apartado se describen las políticas de lectura llevadas a cabo por estas instituciones en relación con el público infantil, exponiendo de qué modo propusieron una literatura específica para este tipo de público, así como los ideales e imaginarios que mediaron la conformación de corpus bibliográficos sugeridos para los lectores. El hecho de que estos corpus no incluyeran textos escolares, señala la autora, fundamenta la diferenciación asumida con la biblioteca escolar, delimitando así la función de cada una de estas instituciones a través de la constitución de sus colecciones.<sup>11</sup> En la misma dirección, se retoman ciertas conceptualizaciones hechas por la Comisión Protectora de

---

<sup>11</sup> Resultan por demás interesantes las menciones de Marcela Coria (2023, pp. 192-1923) a la creación de la biblioteca infantil del aula y las bibliotecas escolares ambulantes como iniciativas que vinculaban a las bibliotecas populares con el quehacer educativo.

Bibliotecas Populares (CONABIP) que colaboraron en delimitar el concepto de biblioteca infantil y sus diferencias con la biblioteca escolar. Coria (2023) señala que, además de construir y difundir un ideario de biblioteca infantil, de infante lector y de perfil bibliotecario acorde, la Comisión Protectora formuló recomendaciones concretas para la organización de estas secciones (instalación adecuada, muebles acordes, decoración pertinente, entre otras). Por último, el trabajo describe, como parte de las actividades propias del personal bibliotecario, la llamada “Hora del cuento”, destinada a las alumnas y los alumnos de las escuelas primarias, analizada en este artículo.<sup>12</sup>

En cuanto a las bibliotecas escolares, otros antecedentes surgen de ampliar el marco geográfico para incluir algunos países de América Latina, como México, Colombia y Brasil, cuyas experiencias muestran, en muchos aspectos, similitudes con los procesos históricos locales. Los trabajos consultados enmarcan la labor de las bibliotecas estudiadas en procesos más amplios de modernización política y cultural, en los que la expansión de la escolarización primaria y la creación de una incipiente red de bibliotecas de distinto tipo fueron acciones fundamentales en pos de moldear al futuro ciudadano en los valores de cada nación.

Para el caso de México, el trabajo del historiador y bibliotecario Adolfo Rodríguez Gallardo (2015) focaliza en la figura de José Vasconcelos, rector de la Universidad Nacional de México y secretario de Educación Pública entre 1920 y 1924, para describir las ideas y las acciones emprendidas por el funcionario en materia de educación, con énfasis en los programas promovidos en el campo de la alfabetización, las publicaciones y las bibliotecas. En lo que se refiere a estas últimas, la investigación aborda cuestiones como la estructura administrativa que dio sustento al programa bibliotecario de Vasconcelos, la capacitación y desarrollo del personal bibliotecario, la creación y categorización de bibliotecas (en base a la población a la que habrían de servir), así como la descripción de las colecciones que las conformaron (Del Ángel Santillán, 2015). En este marco, las bibliotecas escolares

---

<sup>12</sup> De igual manera, en el artículo publicado en este dossier la investigadora conceptualiza las bibliotecas infantiles como entidades anexas a las asociaciones por parte de la CONABIP y reconstruye la actuación y las determinaciones de dicha Comisión en relación con las bibliotecas infantiles, en el marco de las asociaciones populares.

fueron concebidas como un elemento clave tanto en el proceso educativo formal como en el extraescolar.

En el mismo sentido, el artículo de Martha Cecilia Herrera y Carlos Jilmar Díaz (2001), “Biblioteca y lectores en el siglo XX colombiano: la Biblioteca Aldeana de Colombia”, indaga en la labor llevada a cabo por el primer gobierno de Alfonso López Pumarejo (1934-1938) a través de la llamada “Campaña de cultura aldeana”. Los investigadores consideran las prácticas diversas que desde el Ministerio de Educación se desplegaron para integrar a las masas campesinas mediante la organización de bibliotecas dirigidas a públicos diferenciados, la difusión de prácticas de lectura y la adquisición de todo tipo de impresos (libros, cartillas, revistas, entre otros) con el fin de “propiciar en la población el hábito de la lectura” y “difundir conocimientos que permitieran transformar la mentalidad de la población colombiana” (Herrera y Díaz, 2001, pp. 104-105). Si bien el artículo se centra en el análisis de la colección Biblioteca Aldeana de Colombia, en lo que hace a esta indagación, interesa recuperar las consideraciones en relación con las bibliotecas aldeanas y escolares creadas.<sup>13</sup> Tomando como referencia a las aldeas<sup>14</sup> y a las escuelas como escenarios privilegiados, se crearon tres tipos de bibliotecas: en primer lugar, las destinadas a las direcciones de educación, que debían proveer a los maestros de los materiales necesarios para resolver los problemas pedagógicos; en segundo lugar, las ubicadas en los municipios, destinadas a niños, obreros y campesinos, dotadas con obras de carácter general para la consulta en las salas de lectura; y, por último, las circulantes para niños y adultos, cuyo objetivo era llevar el libro a todos los lugares en donde funcionara una escuela (Herrera y Díaz, 2001, p. 105).

Para finalizar, en “Sembrando horizontes: una historia del desarrollo lector en Argentina y Brasil, 1915-1954”, Gabriela Pellegrino Soares (2007) analiza la construcción de un espacio de producción y circulación de obras literarias para niños en Argentina y Brasil entre 1915 y 1954. Uno de los problemas centrales de

---

<sup>13</sup> La “Campaña de cultura aldeana” estuvo acompañada de otras acciones impulsadas por el gobierno como las “Cruzadas de la lectura” —que tenían como objetivo “combatir en las nuevas generaciones el horror al libro”— y la organización de ferias del libro, con el propósito de “difundir y propiciar la adquisición de libros a precios accesibles” (Herrera y Díaz, 2001, p. 105).

<sup>14</sup> Pueblos de entre quinientos y cinco mil habitantes.

su investigación es el papel atribuido a las lecturas literarias en la formación de los niños y la naturaleza de los repertorios puestos en circulación para ese público, señalando al binomio educación y libros infantiles como elementos indisolubles. Como en otros casos mencionados, los procesos de expansión y democratización de la escolarización primaria fueron acompañados por un estímulo a la difusión de una red de bibliotecas, tanto escolares como populares, dirigidas, respectivamente a estudiantes y a las comunidades barriales, presentando casos de bibliotecas modelo: la sección infantil fundada por Leopoldo Lugones en la Biblioteca Nacional de Maestros en Buenos Aires en 1916 y la Biblioteca Infantil de San Pablo, creada en 1935 y dirigida por Lenyra Fraccaroli. Mediante el análisis de las colecciones, del personal y el entorno de las bibliotecas, así como de la asistencia infantil, Pellegrino Soares buscó determinar cómo estas instituciones participaron en la creación de repertorios culturales y la organización de actividades sociales con niños, con el objetivo de promover su desarrollo moral e intelectual y la democratización del acceso a los libros. Es sobre todo en este punto donde el trabajo de la autora representa un aporte fundamental para el estudio en curso.

En suma, una primera revisión bibliográfica permite deducir que, hasta el momento, ni las bibliotecas infantiles ni las bibliotecas escolares —pero, sobre todo, estas últimas— fueron objeto de estudio sistemático como instituciones bibliotecarias específicas destinadas a la niñez. Por tanto, se espera que la presente exploración, al inscribirse en un campo todavía incipiente, constituya un aporte para una historia crítica de las bibliotecas infantiles y escolares que permita, al mismo tiempo, reflexionar en un sentido más amplio sobre la historia de la lectura y las bibliotecas para las infancias.

### **Misión de las bibliotecas infantiles y escolares**

Entre las décadas de 1920 y 1940, la bibliografía sobre bibliotecas infantiles y escolares creció de manera progresiva, advirtiéndose, más allá de los distintos aspectos que las distinguieron, un consenso en cuanto al propósito de ambas instituciones: guiar al niño en sus lecturas y prepararlo para moverse en la biblioteca de adultos (Selva, 1939, 1944; Nelson, 1927). Es el bibliotecario quien acerca el “pan intelectual” al niño —esto es, el libro, alimento de su espíritu— y lo

prepara para las bibliotecas futuras (Giménez, 1932, p. 95). Para el inspector de escuelas Manuel Barroso (1938), las bibliotecas infantiles se diferencian de las escolares porque pueden no ser parte de la escuela, aunque llama biblioteca infantil también a la creada en cada establecimiento escolar y coincide en que su misión es iniciar al niño en el gusto por la lectura, teniendo al maestro como guía espiritual. La biblioteca escolar, expresa, debe ser siempre infantil; pero esta puede, en las populares, constituir una de sus tantas secciones (Barroso, 1928). Coincide con la idea de que estas instituciones son el semillero para las bibliotecas de adultos, pero enfatiza que deben cumplir la función esencial de “despertar la afición por la lectura: hacer sentir ‘el hambre del libro’” (p. 17). Con respecto a las bibliotecas infantiles, Manuel Selva (1939) destaca su “gran valor social” ya que, sostiene, se erigen como “una prolongación de la escuela y una continuación del hogar” (p. 379), diferenciado así el ámbito de la biblioteca del universo callejero: “el niño que concurre a una biblioteca debe encontrar en ella simpatías que lo atraigan y retengan pero eso no se consigue permitiendo hacer su voluntad y dejando que se porten en la biblioteca como en la calle” (p. 381).<sup>15</sup> En su obra *Las bibliotecas en los Estados Unidos*, Ernesto Nelson (1927) refuerza esta idea:

...la biblioteca debe disputar a la calle, al circo, a la plaza de juegos, al cinematógrafo, su infantil parroquia, y para hacerlo con éxito, debe necesariamente importar de aquellos centros sociales, a su manera, algo siquiera de los elementos que constituyen un atractivo para ese niño. (p. 284)

Desde esta perspectiva —y siguiendo el modelo estadounidense en el cual las bibliotecas infantiles llevan a cabo un programa de servicio social— el bibliotecario de niños “es un agente de servicio social, casi un misionero” en lo referente a la vida del niño y su educación (Nelson, 1927, p. 282).

---

<sup>15</sup> Sandra Carli (1992) ha señalado, para el período 1916-1945, la conformación de dos grandes discursos dirigidos a la niñez. Por un lado, el discurso de la minoridad, instalado propiamente en el campo jurídico-social y, por otro, el de la educación nueva, que se instala en el campo pedagógico. Según la autora, ambos configuran particulares apelaciones a la niñez, construyendo la figura del “menor”, en el primer caso —aquellos niños que no logran insertarse satisfactoriamente en el sistema económico-social y que se incorporan al mundo del trabajo o directamente a la calle— y, en el segundo, en la figura del “alumno”: aquellos niños incorporados al sistema familiar educativo. Los tipos de bibliotecas aquí analizadas parecen, en sus convocatorias a la niñez, apelar a estas figuras de infancia.

En cuanto a las bibliotecas escolares, Selva (1944) sostiene que deben constituirse como un lugar distinto a la clase y sintetiza sus dos finalidades: servir a los alumnos para el estudio de los programas de las materias y brindar a los maestros el material para el desarrollo de los contenidos; el aspecto recreativo, según este, es secundario.<sup>16</sup> Para Barroso (1938), la biblioteca en la escuela debe ser formadora de hábitos no solo en lo que hace a la lectura, sino también al tratamiento del libro, su cuidado y devolverlo a su tiempo cultivando sentimientos sociales y haciendo adquirir a los lectores la idea de los “bienes de todos” (p. 81).<sup>17</sup> A su vez, es imprescindible que el niño se familiarice con la biblioteca, que conozca su organización, que aprenda a manejar ficheros y catálogos.

### **Condiciones del ambiente adecuado para la lectura infantil**

En las obras consultadas se otorga una importancia relevante al ambiente y su influencia para la lectura; para que los niños le tomen afecto a la biblioteca es necesario crear en ella un ambiente familiar (Cónsole, 1928). Las salas infantiles debían reunir comodidad, higiene, mantenerse calefaccionadas en invierno y aireadas durante el verano y, sobre todas las cosas, contar con buena luz natural, ya que, como advierte Selva (1939), “muchos de los niños que concurren a estas en Buenos Aires (...) son hijos de hogares pobres, que demasiado tiempo tienen ya que pasar en ‘habitaciones sin luz ni aire’” (p. 382). Por el contrario, “el niño de familia rica, no concurre o concurre poco a las bibliotecas; él tiene en su casa libros de sobra y lugar para estudiar cómodamente” (p. 382). Los muebles deben ser sencillos, cómodos y accesibles y, sobre todo, debe primar una organización de “armarios abiertos”, con estantes al alcance de los pequeños lectores. En las escolares, este requisito parece ser más difícil de cumplir, dado que, en la mayoría de los casos, la biblioteca “se aloja en la pieza más pequeña y más olvidada de la escuela” (p. 402).

---

<sup>16</sup> Por el contrario, cuando la biblioteca de la escuela se abre al público en las horas en que no se dictan clases, esta debe completar su acervo con obras que estimulen la lectura culta y con colecciones de divulgación científica (Selva, 1944).

<sup>17</sup> Para ello sugiere imprimir una serie de hojas sueltas de 10 a 12 cm y pegarlas en las primeras páginas del libro o lado interior de la tapa con las siguientes recomendaciones: “Lectorcito:(...) trátame bien y después de forrarme recuerda lo que para ti escribió el gran Sarmiento (...): a) Nunca tomes los libros con las manos sucias. b) Nunca mojes el dedo para volver una hoja. c) Nunca lleves el libro a la boca. d) Nunca arrugues ni ajes sus esquinas. e) Nunca dobles una esquina para señal. f) Nunca dejes el libro abierto. g) Nunca lo dejes sino en lugar seguro” (Barroso, 1928, p. 82).

Al mismo tiempo, los autores recomiendan prestar especial atención a la decoración. En su obra, Nelson (1927), además de coincidir en la importancia de un ambiente acogedor, aireado, luminoso y con estanterías accesibles, destaca la necesaria presencia de ciertos objetos decorativos en las salas, como búcaros de flores en las mesas donde leen los niños y cuadros de vivos colores en los muros. En esta misma dirección se expresa el escritor y bibliotecario argentino Alfredo Cónsole (1928): “Para mayor encanto de los niños conviene adornar el salón con cuadros en colores y jarrones que ostenten vistosas flores naturales o artificiales” (p. 92).<sup>18</sup> En las bibliotecas destinadas a los niños, la decoración, concluye Selva (1939), deberá ser en su totalidad “optimista y atrayente” (p.390)

En el caso de las escolares, en correspondencia con esta mirada, el funcionario Pablo A. Pizzurno (2013 [1920]), en sus escritos pedagógicos, afirma que el gran problema educacional es, sobre todo, “combatir, tanto como la ignorancia, el analfabetismo moral y estético” y señala a la escuela como el lugar donde se crearán deliberadamente “ocasiones de cultura estética”, contrarrestando la acción contraria del hogar y del medio en general (p. 399). Además de los objetos —jarrones, esculturas, cuadros, «bibelots»<sup>19</sup>, plantas, etc.— debe aprovecharse todo lo bueno que traen diarios y revistas para crear carteles artísticos;<sup>20</sup> incluso “la escuela más pobre puede tener la belleza del orden y del aseo, gracias al buen gusto del maestro” (p. 399).<sup>21</sup> Por el contrario, las imágenes necesarias para la enseñanza, pero poco estéticas, no debían dejarse a la vista.<sup>22</sup> Se trataba, en lo posible, de poner

<sup>18</sup> En un artículo aparecido en *El monitor de la Educación común*, J. Mosés (2013) cuenta: “una biblioteca de Cleveland tiene un interesante marco de chimenea con azulejos a su alrededor y en cada uno de ellos una pintura representando un cuento especial o una fábula”. Las paredes y techos suelen estar pintadas con colores vivos y decoradas con cuadros llenos de imágenes, que los niños “deben amar y conocer” (p. 224).

<sup>19</sup> Pequeño objeto o figura decorativa.

<sup>20</sup> Esta decoración debía ser móvil con el fin de circular de grado en grado y aún de escuela a escuela.

<sup>21</sup> En “Cabezas rapadas y cintas argentinas” Beatriz Sarlo (2007) liga estos aspectos —el decoro en la presentación personal y la decoración estética de la vida cotidiana de la escuela— a un imaginario educativo implantado por el normalismo en los años veinte, entramado, a su vez, con valores de corte patriótico y nacionalista.

<sup>22</sup> Esta preocupación estética se vio reflejada en el campo editorial, sobre todo en los años veinte y cuarenta, cuando los editores de libros ilustrados para niños enfatizaron la importancia de las imágenes como “verdaderas maravillas y alardes de arte” y las colocaron al servicio de “la educación estética del alma infantil” (Purvis, 2024).

la belleza al alcance del niño y del joven (Pizzurno, 2013).<sup>23</sup> El ambiente así purificado, será propicio para la siembra del buen libro (Rojas de Álvarez, 1944).<sup>24</sup> Estas recomendaciones sobre los espacios adecuados para la lectura infantil tenían su correlato en un discurso público de la lectura de carácter moralizante, higienista y nacionalista (Planas, 2019b). Las consideraciones estéticas referidas se trasladaron, también, al orden de los libros: al disponerse por tamaño en los estantes (y no por materia) se obtenía una simetría y uniformidad visual que resultaba en un perfecto alineamiento.<sup>25</sup>

Por último, el silencio fue otro de los rasgos considerado primordial en un ambiente propiciador de la lectura: tanto en las bibliotecas infantiles como en las escolares, se prescribió la lectura silenciosa e individual, no debiendo permitirse “que los niños hablen entre sí, ni que estudien 2 o 3 con el mismo libro” (Selva, 1944, p. 402).<sup>26</sup>

### **Perfil del personal bibliotecario**

Tanto de la lectura del *Manual* (1939) como del *Tratado* (1944), sobre todo, de este último, se desprende un diagnóstico acerca de las bibliotecas escolares en nuestro país que, a diferencia de las de los Estados Unidos, se hallan muy descuidadas, sin una organización siquiera elemental. En la mayoría se trata de “un conjunto de libros, sin organización, mal fichados y peor catalogados [que] hacen las veces de biblioteca” (Selva, 1939, p. 389). Para Selva, esta organización precaria está estrechamente vinculada con el hacer autodidacta de su personal (Planas, 2024). El autor llama la atención sobre el escaso o nulo conocimiento de las tareas propias de la biblioteca: “cada bibliotecario quiere inventar su método y ordena las materias a su antojo” (Selva, 1944, p. 32). Con respecto al personal de las escolares, sostiene

<sup>23</sup> Las primeras bibliotecas para niños en Estados Unidos, y más tempranamente las *Sunday Schools*, insistieron en la importancia de la belleza artística y las tareas creativas (Mosés, 1913; Patte, 2015).

<sup>24</sup> El antídoto para el mal libro solo está en la belleza del espíritu, por ello es necesario formar en el niño un sentimiento estético y despertar en su espíritu el sentimiento de la belleza en todas sus manifestaciones (Rojas de Álvarez, 1944).

<sup>25</sup> “Un libro bajo, al lado de uno alto, luego dos o tres bajos y así todo el anaquel” (Selva, 1944, p. 22 citado en Planas, 2024).

<sup>26</sup> Como sostiene María de las Nieves Agesta (2018) “la adecuación de los espacios se efectuó teniendo en cuenta tanto la comodidad de los pequeños como la de los adultos, cuya lectura (...) era importunada por los disturbios infantiles” (s. p.).

que “sería irónico llamarlo bibliotecario”, ya que se trata solo de un cuidador de libros y es usual que este “se sepa *de memoria* los libros que posee” (Selva, 1944, p. 389). De ahí que abogue por la profesionalización del rol al sostener que “hora ya es de que se piense en exigir al aspirante al cargo del bibliotecario escolar que posea título habilitante para desempeñarlo”, y agrega que “hay que abolir de una vez por todas la creencia de que una bibliotecaria escolar buena, ha de ser una maestra; lo que es preciso, ante todo, es que sea una bibliotecaria” (Selva, 1944, p. 400). Resultado de la escasa formación de su personal, es que los catálogos de estas instituciones sean simples y la organización se reduzca a colocar libros en los estantes. La bibliotecaria debe convencerse a sí misma que debe estudiar y no descuidar su cultura profesional (Selva, 1944).<sup>27</sup> Un poco más de una década antes, Cónsole (1928) sostenía que la bibliotecaria ideal es “una maestra inteligente, aficionada a la buena lectura y que siente amor maternal por los niños” (p. 92); es decir, para ser bibliotecaria de estas instituciones bastaba con ser maestra y poseer cualidades maternas, esto es, ser mujer.

Los autores coinciden en señalar que deben ser preferentemente mujeres las que estén a cargo de estas bibliotecas, ya que tanto en las infantiles como en las escolares se requieren actitudes diferentes a las de otras instituciones:<sup>28</sup> es necesario contar en ellas con un profesional afectuoso, sencillo, paciente y, sobre todo, con “energía para mantener la disciplina”, capaz de conservar el orden y el silencio (Selva, 1944, p. 401,<sup>29</sup> así como acoger a los niños con suavidad e inculcar el respeto por los libros (Selva, 1944). Cabe señalar que subyace, en esta concepción, la idea de que los niños, al advertir en la bibliotecaria una actitud amistosa, expresarán espontáneamente sus gustos y preferencias (Nelson, 1927). En la

<sup>27</sup> En vistas de ella, el autor recomienda una visita con carácter formativo a la sección de niños de la Biblioteca Nacional, ya que “nuestros bibliotecarios no saben siquiera fichar un libro, cada uno improvisa su propia clasificación” (Selva, 1944, p. 400).

<sup>28</sup> Si bien el proceso de feminización del rol en el ámbito bibliotecario argentino no está aún muy explorado, se encuentran algunos trabajos que abordan dicha cuestión desde distintas perspectivas, como la investigación de Javier Planas (2017) sobre las bibliotecas populares y el lugar que ocuparon autoras, lectoras y bibliotecarias en dichas instituciones, el estudio sobre la sociabilidad femenina en la Sociedad Protectora de Infancia de Ayelén Fiebelkorn (2024b), así como los de Dora Barrancos (1996) sobre las socialistas en la Asociación de Bibliotecas y Recreos infantiles o el de Marcela Nari (2004) sobre políticas de maternidad y paternalismo político en nuestro país entre 1890 y 1940.

<sup>29</sup> Al igual que en las bibliotecas infantiles, no se permitía que los niños hablaran entre sí ni se reuniesen en torno a un mismo libro para estudiar. Selva (1944) aconseja, también, obligar a los lectores a moverse sin arrastrar las sillas o las mesas y sin hablar.

escuela, las bibliotecarias deben estar en contacto continuo con la o el maestro de cada grado y conocer los libros no solo por el título, sino también por el contenido.

Al mismo tiempo, para ambos tipos de instituciones, se otorgó una importancia fundamental al personal bibliotecario en su tarea de seleccionar las obras adecuadas a los intereses y la edad de los pequeños lectores. Frente a las llamadas “malas lecturas” o “lecturas perniciosas”, aquel debe hacer la selección procurando desterrar los libros que considera inconvenientes (Selva, 1944, p. 390). Para Pablo A. Pizzurno (2013) las “lecturas frívolas” (p. 522) producen fatiga y el libro mal elegido ensucia el alma: en su discurso, la higiene física y la espiritual estaban estrechamente vinculadas.

Entre las obras más perjudiciales, los autores coinciden en señalar las novelas policiales, manifestando que este subgénero “(...) se ha apoderado de ellos de tal modo (...) que se hace necesario en la biblioteca infantil estudiar la forma de moderarla” (Selva, 1939, p. 386.) En *Bibliotecas preventorios. El niño del pueblo*, Angélica Rojas de Álvarez (1943) enfatiza la relación entre las malas lecturas y la delincuencia, a la que los niños llegan, sobre todo, por la afición a las crónicas policiales.<sup>30</sup> En la obra expone el caso de un menor argentino de 17 años de edad acusado de robos reiterados, atentado con armas a la autoridad y lesiones:

En la Alcaldía se ha registrado su predilección por las lecturas de aventuras folletinescas que influyeron en su carácter, e hizo, además, gala, con orgullo, de que sus fechorías eran narradas en las crónicas policiales (...). El mismo declara que por la sugestión de ellas comenzó a tomar intervención en robos y asaltos. (pp. 19-20)

En cambio, Rojas de Álvarez sostiene que el primer libro en la literatura infantil es el texto escolar, que llega a las manos del niño y orienta sus tendencias literarias, instrumento, a la vez, para la educación de la voluntad y la formación del carácter. Así, frente a las lecturas “perjudiciales” o “frívolas”, la bibliotecaria debe ser capaz de llevar a cabo una “gradual sustitución” de este material literario para combatir los peligros de una “perdición permanente”, auxiliando al niño en la elección de los libros que le convienen (Rojas de Álvarez, 1943, pp. 16 y 95). No solo

---

<sup>30</sup> Como se verá en el siguiente apartado, en la historia de los orígenes de la biblioteca infantil en los Estados Unidos se encuentra esta estrecha ligazón entre malas lecturas y delincuencia (o entre buenas lecturas y disciplina).

es necesario saber qué lecturas son las más convenientes para el niño, sino también cuáles son las que él prefiere; en suma, la bibliotecaria “debe ser capaz de descubrir el libro que cada niño es capaz de apreciar” (Nelson, 1927, p. 280).<sup>31</sup>

### **Libros de las bibliotecas para niños**

En cuanto a los tipos de libros que deben componer el fondo bibliográfico de estas bibliotecas, Manuel Selva (1944) especifica que la biblioteca infantil debe poseer un material de lectura más libre, independientemente de los textos de estudio que constituyen, en su mayoría, el de las escolares; en estas últimas, los textos recreativos serán seleccionados por el bibliotecario y los de estudio, sugeridos por las autoridades educacionales. Al mismo tiempo, enciclopedias, diccionarios, historias recientes y ediciones de libros elementales sobre arte y ciencia conformarán la colección de referencia con el fin de auxiliar a los niños en la preparación de sus lecciones escolares. Para Cónsole (1928), las bibliotecas escolares deben contar con dos secciones: una constituida por obras de consulta para los maestros; otra formada por obras estimulantes y literarias para los niños. Por su parte, Barroso (1938) considera que la biblioteca infantil “debe estar formada por libros escritos en lenguaje claro, estilo sencillo, atrayentes por su encuadernación, buena impresión tipográfica e ilustraciones vistosas (...)”, cuyos fines serán recreativos, morales e instructivos (p. 54). Los libros de láminas, por ejemplo, son muy valorados como parte del acervo de estas bibliotecas, sobre todo, porque están destinados a niños que aún no saben leer y sacan, con ello, provecho de la institución.<sup>32</sup> Por el contrario, se excluirán

...todas las obras mal escritas, las que tratan temas amorosos e incitaciones sexuales, las llamadas psicológicas, que abren la curiosidad como puerta que conduce al vicio;

<sup>31</sup> Durante las primeras décadas del siglo XX un consenso bibliotecario y de lectura asoció la noción de biblioteca a la producción social de un discurso público sobre la lectura, a la elaboración de una moral sobre la misma, tangible en la formación de juicios de discernimiento sobre lo bueno y lo malo, lo sublime y lo abyecto, lo adecuado y lo impropio, que hizo posible la reunión en un mismo campo de posiciones diferentes, de izquierda a derecha del arco ideológico (Planas, 2019a).

<sup>32</sup> Ciertos catálogos y/o listas bibliográficas de obras infantiles destinan una sección a esta categoría, con el sub-ítem “Sin texto” e indicados para niños de cinco a siete años (Barroso, 1938).

las naturalistas que copian lo sucio y deforme que puede haber en la naturaleza; las policiales, cátedra del delito (...). (Barroso, 1938, p. 54)<sup>33</sup>

Cabe señalar que estas consideraciones en torno al libro apropiado para la niñez estaban en relación con el creciente reconocimiento de la personalidad del niño por parte de psicólogos y educadores, que derivó en una mayor atención a los libros infantiles y a su producción editorial.<sup>34</sup> Esta literatura infantil en expansión prefigura dos actividades centrales en el trabajo bibliotecario: por un lado, la elaboración de listas bibliográficas<sup>35</sup> de libros para niños —guía también para padres y maestros— y, por otro, el estudio científico del contenido de dicha literatura. La preocupación por dotar al niño del libro acorde a su edad y a su psicología se constata en todos los autores relevados (Nelson, 1927; Jordán, 1928; Giménez, 1932; Rojas de Álvarez, 1939; Cónsole, 1928; Selva, 1939, 1944). En suma, “a la edad cronológica del niño, se sobrepone la edad psicológica a la que hay que prestar especial atención” (Barroso, 1938, p. 57).

Entonces, ¿cuáles fueron las lecturas recomendadas según la edad de los lectores? Los títulos y colecciones sugeridos por los autores analizados corresponden mayormente a ciertos sellos editoriales como Saturnino Calleja (Madrid), Espasa-Calpe (Madrid), Sopena (Barcelona), Araluze (Barcelona), Seix Barral y Atlántida de Constancio C. Vigil (Cónsole, 1928; Giménez, 1932; Barroso, 1938; Selva, 1939, 1944). Siguiendo a Manuel Selva (1939), y atendiendo a

<sup>33</sup> En el caso de que el bibliotecario considere que una obra deba formar parte del fondo bibliográfico, pero el contenido de alguna página o capítulo sea nocivo para el lector, el inspector recomienda un “recurso salvador”: cortar las páginas o suprimir el capítulo, agregando, si la unidad del argumento quedara afectada, una hoja escrita a máquina que sintetice los hechos y elimine lo perjudicial para el niño (Barroso, 1938).

<sup>34</sup> Al respecto, en el *Tratado de bibliotecnia* de 1944, Selva, citando un artículo de Belisario Roldán aparecido en *El Monitor de la Educación*, expone que a las obras editadas en España entre 1927 y 1937 que ya circulan en el país se suman, en los años cuarenta, obras nacionales adaptadas a los niños, a causa del establecimiento de nuevas y modernas empresas editoriales, en parte como consecuencia de la crisis librera española, pero también a la prédica constante de la crítica pedagógica y literaria y la labor de *La prensa*, destinando una página dominical a esta literatura especializada (Selva, 1944).

<sup>35</sup> Ernesto Nelson (1927) destaca la distribución de listas de libros infantiles recomendados “cuya esmerada impresión las convierte en una obra de arte (...) que pueden adornar la pared de la habitación del niño los corredores de la escuela”(p. 284) Por su parte, Manuel Barroso (1938) menciona los catálogos de obras infantiles publicados por la Dirección General de Escuelas en 1918, la lista bibliográfica del Club de Madres de 1921 y la de Morello, R. de I. Primaria de La Plata, de 1932, entre otros, que siguen el modelo de las bibliotecas norteamericanas.

diferenciaciones, se sugieren: primero, libros de láminas solas o con pocas leyendas para los lectores más pequeños (como las obras de Vigil); segundo, cuentos breves sin autor conocido; tercero, las obras de las bibliotecas especiales de cuentos para niños (Biblioteca Paz, Biblioteca Sopena, Biblioteca Perla, Biblioteca Araluce, Biblioteca Recreativa, Biblioteca Selecta para Niños, Biblioteca Infantil Garnier, Biblioteca Infantil de Vigil); cuatro, cuentos clásicos adaptados de Perrault, Grimm, Andersen o Schmidt. Luego, para niños de 10 años en adelante, fábulas, cuentos y novelas de autores clásicos (*Los viajes de Gulliver*, *Robinson Crusoe*, *La Ilíada* o *La Odisea*, *Vuelta al mundo de dos pilletes* de A. Galopin y H. de la Vault, entre otros). Por último, cuentos y novelas de aventuras como las de Julio Verne, Emilio Salgari o Conan Doyle, desde los 11 o 12 años en adelante. La enciclopedia para niños *El tesoro de la juventud* es señalada por varios autores como el libro que no puede faltar en ninguna biblioteca infantil o escolar.<sup>36</sup> Los distintos sellos editoriales de la época se hicieron eco de estas consideraciones de orden psicológico y pedagógico, segmentando sus catálogos en colecciones literarias de acuerdo a los diferentes rangos etarios, a fin de colaborar en ofrecer el libro adecuado al niño (Purvis, 2024).<sup>37</sup>

En cuanto a las bibliotecas escolares, aunque sin mencionar el criterio etario, Selva (1939) recomienda diferenciar la sección para primaria y secundaria, con el propósito de evitar confusión con los textos. En última instancia, es el bibliotecario el que decidirá qué organización conviene a su biblioteca teniendo en cuenta la clase de concurrentes que asisten a ella.

---

<sup>36</sup> Conocida a principios del siglo XX en su versión española bajo el título de *El Tesoro de la Juventud* o *Enciclopedia de Conocimiento*, esta obra corresponde a una traducción y adaptación de *The children's encyclopaedia* (*La enciclopedia de los niños*) del inglés Arthur Mee, cuya primera edición apareció en 1915 y dio origen a diversas versiones a lo largo del siglo (Riesco, 2008).

<sup>37</sup> En el artículo "Notas sobre el Libro Infantil" publicado en la *Gaceta del Libro*, revista del sector editorial, el fundador y editor de Codex, Nicolás J. Gibelli (1946) "caracteriza las distintas etapas del desarrollo infantil y juvenil a las que hace corresponder con distintos tipos de libros, ya que textos e ilustraciones debían ser acordes a las edades de los lectores. Para Gibelli, el libro infantil merece la atención de los editores no sólo desde el punto de vista técnico y gráfico, sino que debe atenderse también a las clasificaciones del desarrollo infantil hechas desde la psicología aliada con la pedagogía" (Purvis, 2024, p. 44).

## **“La hora del cuento”: estrategia para fomentar el hábito lector en las bibliotecas para la niñez**

“La hora del cuento” tiene su origen en los países anglosajones y cobra una particular importancia en los Estados Unidos hacia mediados del siglo XIX. Fueron mujeres narradoras cristianas quienes, al frente de las *Sunday Schools*,<sup>38</sup> instalaron “La hora del cuento” (*Story hour*), “La hora alegre” o “El tiempo de la historia”, con el propósito de alejar —en un contexto de fuerte industrialización— a los niños de las barriadas pobres, la calle o las fábricas y brindarles elementos mínimos de instrucción.<sup>39</sup> Las bibliotecas públicas, en franco desarrollo a fines del siglo XIX, serán las que hereden la tarea iniciada por estas *Sunday Schools*, continuando con su tarea social e instructiva. Como lo expresa la bibliotecaria y promotora de lectura francesa Geneviève Patte (2015), ante el desarraigo de las familias, son las primeras bibliotecas públicas con sus bibliotecarias pioneras las que reaccionan con una “oferta de orden cultural, creadora de vínculos” (p. 14).<sup>40</sup>

La extensión de “La hora del cuento” puso en evidencia la necesidad de formar personal especializado en la narración de historias a los niños.<sup>41</sup> Contar y narrar requerían condiciones y técnicas especiales que comenzaron a considerarse fundamentales para la profesión. Se pretendía que la narradora conociera muy bien el cuento, que fuera capaz de apreciarlo y de realizar su adaptación, así como que se ejercitara en el relato oral del mismo para poder atraer al público infantil a la biblioteca.

Esta misma preocupación por “el arte del cuento” que aparece mencionada, fundamentalmente, en las obras de Manuel Selva (1939, 1944),<sup>42</sup> hunde sus raíces

---

<sup>38</sup> Escuelas de domingo.

<sup>39</sup> Para atraer y reunir a los niños, estas mujeres les proponen el préstamo de libros por una semana y les cuentan historias, la mayor parte, edificantes, instructivas y moralizantes, muchas provenientes de la Biblia.

<sup>40</sup> Los relatos populares, los cuentos típicamente estadounidenses (leyendas de los indios de América del Norte o los de los plantadores del sur, como los célebres cuentos de Brer Rabbit), así como obras desconocidas u olvidadas que eran rescatadas, constituyeron el corpus preferencial de estas mujeres pioneras en el arte de contar (Patte, 2015).

<sup>41</sup> A partir de 1900 se organiza en la American Library Association (ALA) la “división de servicios para niños”, tal como hoy se la conoce.

<sup>42</sup> En el caso de la obra de Manuel Barroso (1938) analizada para este trabajo, por ejemplo, si bien no se menciona “La hora del cuento” como una estrategia específica, el escritor alude a la importancia de las bibliotecas infantiles —y sus libros— como semilleros de lectores y afirma que, en la escuela, es la biblioteca la que debe iniciar el gusto por la lectura, pero no con “el texto que debe abrirse media

en los inicios de las bibliotecas infantiles en los Estados Unidos,<sup>43</sup> ya que contar o leer una historia en voz alta facilitaba, al mismo tiempo, el acceso a la lectura. Manuel Selva (1944) reivindica “La hora del cuento” para las bibliotecas infantiles, ya que este arte pone de relieve la influencia que ejerce sobre el niño a fines de convertirlo en lector, al tiempo que lo influencia en la concepción que este tiene de la biblioteca.<sup>44</sup> Asimismo, “La hora del cuento” representa un aporte significativo a la educación del niño:

...proporciona al niño el más puro de los placeres y al mismo tiempo le otorga medidas para juzgar el valor de otras historias que compara con las que oye; despierta en su espíritu la apreciación de la forma literaria; le conduce hacia los libros que acaso nunca había elegido por propia decisión; finalmente, le liga con lazos de simpatía con la persona de cuyos labios esté pendiente y cuyas indicaciones seguirá sin resistencia. (Lasso de Vega, en Selva, 1944, p. 396)

Con respecto al relato a contar, se otorgó una importancia central a la selección de la historia. La misma debía reunir dos requisitos: prestarse a la narración y ser lo suficientemente interesante para ser contada varias veces. Por otro lado, debía presentar belleza, no solo en el argumento, nombres, cualidades y caracteres de los personajes sino también, y particularmente, en el lenguaje utilizado, ya que se esperaba que la belleza de la historia se grabase hondamente en la imaginación del niño (Selva, 1944). Por último, una cuestión no menor fue el hecho de que debían contarse los cuentos que pudieran encontrarse luego en la biblioteca.<sup>45</sup> Contar implicaba dar a conocer las obras, a la vez que se presentaba a los niños un género de literatura que les era propio (Selva, 1944).

---

hora en la sala de clase, sino en las obras variadas, múltiples y amenas que la bibliografía infantil propaga y eleva sobre nuestras cabezas” (p. 15).

<sup>43</sup> Tal como menciona Selva (1944), citando a Lasso de Vega, las bibliotecarias norteamericanas — luego las francesas, españolas y hasta en Japón— se forman en este arte en las distintas bibliotecas públicas y para fomentar las oportunidades de estudio se crean, en todas partes, las asociaciones de señoritas o ligas de narradores de cuentos infantiles.

<sup>44</sup> En este sentido, Selva (1944) menciona la experiencia que en nuestro país se ha llevado a cabo en la Biblioteca Infantil de Banfield a cargo de la “señorita Rampini”, de la cual no ofrece más datos.

<sup>45</sup> Según Patte (2015), en la biblioteca de Pittsburgh, luego de ser narrados, los cuentos eran reunidos y destacados en los estantes, para facilitar su acceso a ellos después de la escucha.

## Consideraciones finales

En una primera aproximación a los manuales de bibliotecología redactados por Manuel Selva (1939, 1944) y demás estudios monográficos producidos entre las décadas de 1920 y 1940 —los escritos de Pablo A. Pizzurno (1910, 1920), Ernesto Nelson (1927), Alfredo Cónsole (1928), Ángel M. Giménez (1932), Manuel Barroso (1938) y Ángela Rojas de Álvarez (1943)—, se deduce que ambos tipos de bibliotecas, infantiles y escolares, tuvieron como objetivo primordial inculcar el hábito de la lectura, despertar la afición por el libro y hacer del niño el futuro lector de las bibliotecas de adultos. Otro rasgo en común fue que requirieron un personal con un perfil específico: estas instituciones debían estar preferentemente a cargo de mujeres, afectuosas y pacientes con el niño, esto es, con un temperamento capaz de comprenderlos (Giménez, 1932). En lo referente a su formación, Selva (1944) la describió como casi inexistente y abogó por la profesionalización del personal. Fue este hacer autodidacta lo que determinó, entre la década del veinte y principios de la del treinta, la precaria condición organizativa de las bibliotecas (Planas, 2024). Por otro lado, se enfatizó que las bibliotecarias debían contar con pericia para seleccionar el libro adecuado a la edad y a los intereses del niño y, en lo posible, alejarlo de las «malas lecturas», así como saber narrar y/o contar historias de forma oral para alimentar el espíritu infantil. En esta dirección fueron también las recomendaciones sobre la implementación de “La hora del cuento” (Selva, 1944), con el fin de fomentar la afición a la lectura, considerada alimento para el espíritu infantil y forjadora del carácter del niño. Finalmente, el conjunto de los autores consideró entre las prioridades el acondicionamiento de las salas infantiles, que debían ser acordes en cuanto a las condiciones de comodidad, higiene y estética; elementos que conforman en conjunto el ambiente deseado.

Hemos procurado señalar en estas páginas una primera aproximación a los temas centrales presentes en la incipiente literatura bibliotecaria sobre las bibliotecas escolares e infantiles durante las décadas de 1920 y 1940, momento coincidente con el inicio de la profesionalización del campo. Desde este punto, se abre un camino investigativo que procuraremos profundizar y problematizar para generar una mejor comprensión de este proceso, casi nada trabajado por la literatura académica.

## Referencias bibliográficas

- Agesta, M. de las N. (2020). Libros en juego: bibliotecas populares y público infantil en el sudoeste bonaerense (Argentina, 1880-1930). *Topoi*, 21(44), 413-434. <https://ri.conicet.gov.ar/handle/11336/116874>
- Agesta, M. de las N. (24 al 25 de octubre de 2018). *El ojo y el oído. Cuerpos lectores, educación infantil y bibliotecas populares en el sudoeste bonaerense durante los años 20* [Ponencia]. VIII Jornadas de Historia de la Patagonia “La Patagonia en el escenario nacional: miradas sobre el pasado, presente y futuro”. Viedma (CURZA-UNCo). [mimeo]
- Barrancos, D. (1996). Socialistas y la suplementación de la escuela pública: la asociación de bibliotecas y recreos infantiles (1913 – 1930). En Graciela Morgade (Comp.) *Mujeres en la educación. Género y docencia en la argentina 1870 – 1930*. Miño y Dávila.
- Barroso, M. (1938). *La biblioteca en la escuela. Centro de actividades*. Kapelusz.
- Carli, S. (1992). El campo de la niñez. Entre el discurso de la minoridad y el discurso de la Educación nueva. En A. Puiggrós (Dir.). *Escuela, democracia y orden (1916-1943)* (pp. 99-160). Galerna.
- Cónsole, A. (1928). *El bibliotecario y la biblioteca. Fundación y organización de bibliotecas populares*. Tor.
- Coria, M. (2023). *Las políticas bibliotecarias de lectura de la Comisión Protectora de Bibliotecas Populares (1933-1949)*. [Tesis de doctorado]. Universidad Nacional de La Plata. Memoria Académica. <https://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/library?a=d&c=tesis&d=Jte2638>
- Coria, M. (2025). Qué libros debía tener una biblioteca popular: Recomendaciones bibliográficas de la Comisión Protectora de las Bibliotecas Populares (1933-1949). *Revista interamericana de bibliotecología*, 48(2), 1-11. [https://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art\\_revistas/pr.18932/pr.18932.pdf](https://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.18932/pr.18932.pdf)
- Coria, M. (2026). Bibliotecas infantiles como complemento de las populares: políticas para su creación y mejoramiento en Argentina durante 1930 y 1940. *Catalejos. Revista sobre lectura, formación de lectores y literatura para niños*, 12 (22) [En prensa].
- Del Ángel Santillán, M. (2015). José Vasconcelos: alfabetización, bibliotecas, lectura y edición. *Biblioteca universitaria*, 18(2), 189-191. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=28543667010>
- Fiebelkorn, A. (2019). Instrumentos de feliz cultura. Representaciones y agencias de bibliotecas barriales platenses en torno a la niñez. En P. Bontempo y A. Bisso (Eds.). *Infancias y juventudes en el siglo XX. Políticas, instituciones estatales y sociabilidades* (pp. 163-187). Teseo Press.
- Fiebelkorn, A. (2024a). *Senderos culturales, bibliotecas populares y sociabilidades en la capital bonaerense (1882-1950)*. Eduvim.

- Fiebelkorn, A. (2024b). Entre libros y ajuares: sociabilidad femenina en la Sociedad Protectora de Infancia (La Plata, Argentina, 1905-1920). *Secuencia* (118), 1-21. <https://doi.org/10.18234/secuencia.v0i118.2225>
- Giménez, A. (1932). *Nuestras bibliotecas obreras (Notas - Observaciones-Sugestiones)*. Sociedad Luz.
- Herrera, M. C. y Jilmar Díaz, C. (2001). Biblioteca y lectores en el siglo XX colombiano: la Biblioteca Aldeana de Colombia. *Revista Educación y pedagogía*. XIII(29-30), 103-111. <https://revistas.udea.edu.co/index.php/revistaeyp/article/view/7510/6913>
- Mosés, J. M. (1913). Bibliotecas y salas de lectura para niños. *El monitor de la educación común*, 31 (483), pp. 221-230.
- Nari, M. (2004). *Políticas de maternidad y maternalismo político. Buenos Aires, 1890-1940*. Biblos.
- Nelson, E. (1927). *Las bibliotecas en los Estados Unidos*. Dotación Carnegie para la Paz Internacional.
- Parada, A. E. (2009). *Los orígenes de la biblioteca pública de Buenos Aires. Antecedentes, prácticas, gestión y pensamiento bibliotecario durante la revolución de mayo (1810-1826)*. Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas, Facultad de Filosofía y Letras.
- Patte, G. (2015). *Biblioteca y vida. Elogio del encuentro*. Ediciones Universidad de Valparaíso.
- Pellegrino Soares, G. (2007). *Sembrando horizontes: una historia del desarrollo lector en Argentina y Brasil, 1915-1954*. Editora UFMG.
- Pizzurno, P. (2013). *Cómo se forma al ciudadano y otros escritos reunidos*. UNIPE.
- Planas, J. (2024). ¿Qué cosas hay que saber de las bibliotecas? Las ideas de Manuel Selva sobre la formación de los y las bibliotecarias en la Argentina (1937-1944). *Palabra Clave*, 13(2), e218. [https://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art\\_revistas/pr.17830/pr.17830.pdf](https://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.17830/pr.17830.pdf)
- Planas, J. (2017). *Libros, lectores y sociabilidad de lectura. Una historia de los orígenes de las bibliotecas populares en la Argentina*. Ampersand.
- Planas, J. (2019a). Los discursos bibliotecarios sobre la lectura en la Argentina durante las primeras décadas del siglo XX. Algunas claves para la constitución de un objeto de conocimiento. *Políticas de la memoria*, (19), 233-242. [https://ojs.politicasdela memoria.cedinci.org/PM19html/4\\_Planas.html](https://ojs.politicasdela memoria.cedinci.org/PM19html/4_Planas.html)
- Planas, J. (2019b). Producción y circulación del saber en la historia del campo bibliotecario argentino. *Información, cultura y sociedad*, (40) 53-68. [https://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art\\_revistas/pr.11972/pr.11972.pdf](https://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.11972/pr.11972.pdf)

- Purvis, G. L. (2024). *Panorama de las colecciones literarias para la infancia en la "época de oro" de la industria editorial argentina (1938 -1955)* [Tesis de grado]. Universidad Nacional de La Plata. Memoria Académica. <https://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/library?a=d&c=tesis&d=Jte3016>
- Riesco, L. (2008). El maravilloso mundo de El Tesoro de la Juventud: Apuntes históricos de una enciclopedia para niños. *Universum. Revista de Humanidades y Ciencias Sociales*, 1(23), 198-225. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=65028623010>
- Rojas de Álvarez, A. (1943). *Bibliotecas preventorios. El niño del pueblo*. El Ateneo.
- Rojas de Álvarez, A. (1944). *El niño y sus libros*. Kapelusz.
- Sarlo, B. (2007). Cabezas rapadas y cintas argentinas. En *La máquina cultural. Maestras, traductores y vanguardistas* (pp. 12-74). Seix Barral.
- Selva, M. (1939). *Manual de bibliotecnia*. Julio Suárez.
- Selva, M. (1944). *Tratado de bibliotecnia*. Juan Belmonte.
- Tripaldi, N. M. (2002). Las mujeres de la política, los niños de la calle y las bibliotecas: apostillas bibliotecológicas sobre el tema de la Asociación de Bibliotecas y Recreos Infantiles. *Información, cultura y sociedad*, (7), 81-101. [https://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S1851-17402002000200003&lng=es&tlng=es](https://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1851-17402002000200003&lng=es&tlng=es)